

# LA SUBVERSIÓN DEL *GENTLEMAN*. CUERPO Y BELLEZA EN EL *ETHOS* VICTORIANO

*The subversion of the gentleman.  
Body and beauty in Victorian ethos*

Raquel CERCÓS I RAICHS

*Universidad de Barcelona. Departamento de Teoría e Historia de la Educación*  
Correo-e: rcercos@ub.edu

Ángel C. MOREU CALVO

*Universidad de Barcelona. Departamento de Teoría e Historia de la Educación*  
Correo-e: amoreu@ub.edu

Recepción: 29 de julio de 2012. Envío a informantes: 30 de julio de 2012.

Fecha de aceptación definitiva: 6 de septiembre de 2012

Biblid. [0212-0267 (2013) 32; 105-119]

RESUMEN: A partir de la importancia que adquirió en la Inglaterra victoriana delimitar los estereotipos de género, se analiza el debate surgido en las postrimerías del siglo XIX y muy especialmente en los *colleges* oxonienses, cuestionando el modelo imperante de hombría representado por el prototipo del *gentleman*. Dicha disputa estuvo avalada por nuevas tendencias estético-artísticas presentes en textos importantes de autores como Walter Horatio Pater, John Addington Symonds y Oscar Wilde. Este debate posibilitó la apertura de espacios subversivos de creación y ruptura en los cánones hegemónicos de masculinidad regidos por un esquema binario según el cual el género determinaba la única orientación sexual posible, circunscrita dentro de los límites de la heterosexualidad.

PALABRAS CLAVE: belleza, cuerpo, pedagogía de la masculinidad, *gentleman*, dandi, esteticismo.

ABSTRACT: Ever since the importance acquired in the Victorian age to define gender stereotypes, the authors analyze the debate emerged in the last period of the nineteenth century and especially in the Oxonian colleges, questioning the prevailing model of manhood represented by the prototype of the gentleman. This contention, supported by new aesthetic-artistic trends and focused on the texts of authors like Walter Horatio Pater, John Addington Symonds and Oscar Wilde, made possible a

sort of new open-mindedness and a rupture of hegemonic masculinity ideals governed by a scheme where gender binary determined sexual orientation, leaving it, circumscribed to the limits of heterosexuality.

KEY WORDS: beauty, body, masculinity pedagogy, gentleman, dandy, aestheticism.

**L**A LECTURA DE LA AUTOBIOGRAFÍA DE LORD CHESTERTON nos descubre una imagen de la época victoriana bien alejada de las connotaciones de lo que hoy en día se identifica como victoriano. De hecho, para el prolífico pensador inglés, la época tuvo todos los vicios que hoy se llaman virtudes: duda religiosa, desasosiego intelectual, hambrienta credulidad ante todo lo nuevo y una total ausencia de equilibrio. También tenía todas las virtudes que hoy se llaman vicios: un gran sentido de lo romántico, un apasionado deseo de que el amor entre hombre y mujer volviera a ser lo que fue en el Edén y un poderoso sentimiento de la absoluta necesidad de encontrar un significado a la existencia humana<sup>1</sup>.

A todo ello debemos añadir la importancia que adquirió, en el período estudiado, la necesidad de delimitar los estereotipos de género. Hablamos de conceptos normativos expresados en doctrinas religiosas, educativas, artísticas, científicas, legales y jurídicas, con el fin de afirmar, categórica y unívocamente, el significado de varón o mujer y su correspondiente ideal de masculinidad o feminidad. Así, en el intento de hacer de lo abstracto concreto, se fue estableciendo un esquema binario según el cual, del mismo modo que a todas las personas se les asignaba forzosamente un género, también se consideraba necesario determinar una sexualidad. En definitiva, los individuos debían controlar su apariencia y conducta en concordancia con una identidad sexual naturalmente dada<sup>2</sup> que a la vez prescribía la orientación sexual, quedando, ésta, circunscrita en los límites de la heterosexualidad.

Se trataba, pues, de una identidad normativa con vocación hegemónica que no permitía alternativas. Aun así, y como trataremos de reflejar a lo largo de este escrito, las aportaciones sobre qué era y cómo debía comportarse el auténtico *gentleman*, cuál era su ideal de belleza y cuáles, sus virtudes y deseos, abrieron un interesante debate —generador de subjetividades— cuyas coordenadas espacio-temporales las podemos situar en los *colleges* oxonienses durante las postrimerías del siglo XIX.

Dicho debate, focalizado en los textos de autores como Walter Horatio Pater, Oscar Wilde o John Addington Symonds, entre otros, posibilitaron la apertura de espacios subversivos de creación y ruptura de las definiciones hegemónicas del género masculino. Por supuesto que, en su intento, estos intelectuales, forjados en las aulas de la universidad de Oxford, fueron desacreditados y expuestos a burlas y difamaciones; o, aún peor, juzgados y condenados a trabajos forzados, como en el caso de Oscar Wilde.

<sup>1</sup> CHESTERTON, Gilbert Keith: *Autobiografía*, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 161-162.

<sup>2</sup> GIDDENS, Anthony: *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*, Madrid, Cátedra, 1995, p. 179.

## Anglicanos y católicos. Una cuestión de género

En el momento de abordar las disputas sobre el prototipo de masculinidad del último tercio de siglo, y si nos centramos en los discursos de las distintas instituciones antes mencionadas, no podemos obviar cómo los credos religiosos católico y anglicano, a fin de afianzar su poder institucional, o tal vez para lograr la supervivencia de una doctrina antaño perseguida, se esforzaron por definir los valores y virtudes que debía poseer el auténtico *Christian gentleman*. En semejante empeño axiológico, no resulta difícil descubrir que sus doctrinas, en este punto, se limitaban a una cuestión de género.

En efecto, miembros de la Iglesia anglicana como Charles Kingsley (1819-1875) no escatimaban esfuerzos por mancillar y desacreditar el Movimiento de Oxford, también conocido como el *Tractarian Movement*. Fue éste un movimiento que contó con la presencia activa de John Henry Newman (1801-1890), convertido al catolicismo en 1845, y cuyo propósito residía en recuperar las tradiciones de una anhelada iglesia primitiva, en la que el celibato, la vida en común de hombres en hermandades y el consiguiente enaltecimiento de la amistad masculina resultaban elementos cruciales en la determinación de su identidad eclesiástica.

Estas convicciones no siempre fueron comprendidas, ni mucho menos aceptadas, desde las filas anglicanas, que, con tal de afianzar y legitimar su doctrina, recurrieron a una vehemente y constante campaña de descrédito de los postulados romanos utilizando las temáticas de género como instrumento de deslegitimación. La cuestión residía en concebir el catolicismo mediante atributos femeninos, con lo que su fe quedaba estigmatizada como débil y enfermiza. Además, los máximos representantes del catolicismo, los clérigos, eran tachados de poco viriles e incluso de homosexuales<sup>3</sup>. Así lo deja entrever el propio Charles Kingsley al expresar su aversión hacia las doctrinas amparadas por el Concilio de Trento:

In all that school, there is an element of foppery—even in dress and manner; a fastidious, mauling, die-away effeminacy, which is mistaken for purity and refinement; and I confess myself unable to cope with it, so alluring is it to the minds of an effeminate and luxurious aristocracy; neither educated in all that should teach them to distinguish between bad and good taste, healthy and unhealthy philosophy or devotion<sup>4</sup>.

En lo tocante a los postulados sobre el ideal de masculinidad, encarnado bajo el prototipo del *gentleman*, las divergencias entre católicos y anglicanos son notables. Para el cardenal John Newman, que coincidió con Thomas Arnold en el Oriel College de Oxford, todo caballero debe «[...] poseer un intelecto cultivado, un gusto exquisito, una mente sencilla, equilibrada y desapasionada, y un comportamiento noble y cortés en los asuntos de la vida»<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Tal y como sugiere David Hilliard en su artículo «UnEnglish and Unmanly: Anglo-Catholicism and homosexuality», durante el período estudiado —momento crucial en la configuración de la identidad homosexual— se pueden encontrar muchos vínculos entre la literatura homosexual y algunos seguidores de la religión católica. HILLIARD, David: «UnEnglish and Unmanly: Anglo-Catholicism and homosexuality», *Victorian Studies*, Winter (1982), pp. 181-210.

<sup>4</sup> KINGSLEY, Charles: *Charles Kingsley: His Letters and Memories of his Life*, vol. 1, London-New York, McMillan and Co, 1894, p. 201.

<sup>5</sup> NEWMAN, John Henry: *Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria*, Pamplona, Eunsa, 1996, p. 140.

Contra la idea de hombre católico, liberal, exquisito, sencillo y desapasionado defendido por Newman, el ya mencionado Charles Kingsley —licenciado en Cambridge, e impulsor del *Muscular Christianity* junto a Thomas Hughes (1822-1896)—<sup>6</sup> promovió un prototipo de hombre cristiano caracterizado por el *Thumos*. Nos referimos a un hombre fuerte, corpulento, valeroso, un *gentleman* con gran agresividad física, enérgico, con espíritu fiero, lleno de vigor, y cuyo deber —circunscrito dentro de los márgenes de la heterosexualidad— era la procreación dentro del matrimonio.

Con objeto de expandir y hegemonizar su ideal de hombría, acorde con las tesis evolucionistas, Kingsley publicó un sinnúmero de novelas de alto contenido didáctico dirigidas al público infantil y juvenil<sup>7</sup>. Novelas como *Westward Ho!* dan fe de cuáles han de ser los atributos del auténtico *Christian gentleman*: una *mens fervida in corpore lacertoso* (mente ardiente en un cuerpo musculoso). Por tanto, el caballero kingsleano, convertido en un ejemplar perfecto de la «raza» anglosajona, defenderá su tierra y sus ideales sin renegar de su fe anglicana. Nos encontramos, por consiguiente, ante un héroe hiperviril, un *muscular gentleman* que debe cuidar su cuerpo, el cual —como si de una máquina se tratara— había de mantenerse fuerte, musculoso y limpio.

En el mismo sentido, y gracias a los postulados de Darwin y Spencer, el cuerpo adquirirá una nueva visibilidad<sup>8</sup>. Es así como el principio griego de la *kalokagathia*, esto es, lo bello como paradigma de bondad, vino a focalizarse en los cuerpos, generando, a finales del siglo XIX, una nueva representación de lo que había de ser una sociedad ordenada, sana y progresista<sup>9</sup>. La convergencia del evolucionismo con los escritos de Platón —estudio obligatorio en el currículum de Oxford desde

<sup>6</sup> Destacamos la figura de Thomas Hughes, por ser el autor de una de las novelas juveniles más populares de la época: *Tom Brown's Schooldays*, escrita el 1857, y vertida al castellano en 1923. Con el propósito de divulgar los ideales del movimiento cristiano, esta *Bildungsroman* narra el proceso de formación del protagonista a través de la práctica deportiva instaurada en las *public schools* después de las reformas de Thomas Arnold. Otro de los escritos de Hughes, especialmente relevante respecto a la construcción de la masculinidad y sus relaciones con la fe anglicana, lo hallamos en su obra titulada *The Manliness of Christ* (1879). El motivo del libro, reflejado en su introducción, no es otro que legitimar la masculinidad de todos aquellos hombres cristianos involucrados en movimientos sociales. Y es que después de veinticinco años de la fundación del movimiento *Muscular Christianity* y de la proliferación de otras agrupaciones religiosas como el *Young Men's Christian Association*, Hughes percibe en muchos sectores sociales la creencia de la falta de hombría y coraje tanto de los responsables como de los discípulos de estas instituciones. HUGHES, Thomas: *The Manliness of Christ*, Boston, Houghton, Osgood & Company, 1880, p. 4.

<sup>7</sup> La tradición de la literatura infantil en las Islas Británicas se remonta al siglo XVIII. Según D. Escarpit, el inglés John Newbury fue el primer editor especializado en literatura infantil y juvenil, publicando en 1744 un libro de bolsillo para este público. También cabe mencionar al editor Marshall, que publicó entre 1780 y 1790 setenta libros infantiles. BASSA, Ramón: «Libros y lecturas para jóvenes. (La transmisión de valores a través de la literatura infantil y juvenil: el caso de la LIJ catalana 1939-1985)», *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 22-23 (2003-2004), p. 169.

<sup>8</sup> Constatar como el cuidado corporal posee una trayectoria histórica anterior a la Ilustración y al liberalismo del siglo XIX. VILANOÚ, Conrad: «Higiene, deporte y humanismo en el Renacimiento español», *Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 28 (2009), pp. 37-59.

<sup>9</sup> Nótese cómo, para muchos intelectuales de la época, la idea de «progreso» significaba la urgencia de leer más griego y, por tanto, menos latín. De ese modo, la apreciación de la importancia del estudio de los clásicos helenos se materializó progresivamente en los currículos de las *public schools*; *cf.* JENKINS, Richard: *The Victorians and the Ancient Greece*, Oxford, Basil Blackwell, 1980, p. 26.

1848, y en las *public schools*<sup>10</sup> en el último cuarto de siglo— resultó ser un factor decisivo, no únicamente para promover la exaltación de la supremacía masculina, sino también, la admiración de su belleza corporal.

## Carne y mármol. El homoerotismo victoriano

Gracias al arte y la literatura, la generación de un nuevo discurso en el que el hombre se tornaba objeto de deseo y de contemplación estética, permitió la reactivación de una pedagogía del Eros que, bebiendo de las fuentes del ideal de *Paideia* elaborado por Platón, empezaba a cuestionar las estructuras binarias que patologizaban y anatematizaban el deseo por una persona del mismo sexo al estimarlo contrario a la ley natural.

Será Walter Horatio Pater (1839-1894), considerado el padre del esteticismo, quien, en su intento por ofrecer una alternativa al ideal hegemónico de masculinidad, articuló en su itinerario educativo la necesidad de promover en sus estudiantes el gusto por la belleza masculina. Porque, tal y como sugería Platón en el *Banquete* o el *Fedro* y recogía Pater, cada alma humana es capaz de entrever en cada cuerpo individual la forma de la belleza que lo impregna. Esta inclinación y apetito hacia los cuerpos bellos deviene, para el *fellow* del Brasenose College, el epicentro del *self-development* —versión inglesa de la *Bildung* germánica— puesto que, sin el impulso y el entusiasmo inagotable de las fuerzas irracionales del hombre, jamás será posible la transfiguración suprema que el espíritu cobra al contemplar la idea de lo bello. En último término, Pater proponía hallar nuevas vías de sentir, convirtiendo así la libido en un placer consciente bajo control.

Por consiguiente, el *self-control* o *self-government*<sup>11</sup>, se alzaba como el paradigma ético y estético del *gentleman* pateriano, porque, sin esta rígida disciplina interior, sería imposible una exquisita educación de los sentidos capaz de percibir todos los mensajes de amor y goce que con tantos matices envía el mundo. Y es que el objetivo de la vida del hombre, según el discípulo de John Ruskin, será «ver cuánto hay que ver, con los sentidos máximamente agudizados. Arder siempre sin tasa, con esta llama pura y preciosa, mantener este éxtasis: esto es lo que yo llamo triunfar en la vida»<sup>12</sup>. Así, lograr la felicidad, en este mundo en el que todo pasa y nada permanece<sup>13</sup>, vendrá determinado por conseguir atrapar el mayor

<sup>10</sup> Thomas Arnold, *Headmaster* de la escuela de Rugby, escribió hacia 1835 las siguientes palabras: «Aristóteles y Platón, y Tucídides y Cicerón y Tácito son llamados muy falsamente escritores antiguos; realmente son nuestros propios compatriotas y coetáneos», ARNOLD, Thomas: *Ensayos sobre educación*, Madrid, Espasa-Calpe, 1940, p. 30.

<sup>11</sup> El autocontrol como excelsa virtud del caballero inglés no únicamente será avalado por Pater, sino también por personajes tan relevantes y de ideales tan dispares como el ya mencionado cardenal Newman, el crítico de arte John Ruskin, o el poeta e hijo de Thomas Arnold, Mathew Arnold, quien, como inspector escolar, fue responsable de la introducción del sistema tutorial en las *public schools*.

<sup>12</sup> Palabras extraídas del prólogo de la novela escrita por Pater —considerada una *Bildungsroman*— *Mario el Epicúreo*, traducida por primera vez al español en 1944 a cargo de Agustín Esclasans; PATER, Walter: *Mario el Epicúreo. Sus sensaciones y sus ideas*, Barcelona, Ediciones Lauro, 1944, p. 14.

<sup>13</sup> La famosa cita de Heráclito es recogida por Pater en la conclusión del estudio sobre el Renacimiento. PATER, Walter: *El Renacimiento. Estudios sobre arte y poesía*, Barcelona, Alba Editorial, 1999, p. 225.

número posible de sensaciones fugaces y sentir las intensamente antes de que se desvanezcan. El fin que se perseguía con ello no era tanto el fruto de la experiencia sino la experiencia misma. En el fondo, lo que se proponía era una clara trasgresión epistemológica: la contemplación del hedonismo y el arte como formas alternativas de conocimiento. Criticado como vindicador de un exacerbado hedonismo pagano, lo cierto es que Pater activa una pedagogía de la experiencia que, gracias al autocontrol, pretende elevarse sobre aquel placer primario o carnal y conducirlo hacia un goce estético que culminará en un intenso amor hacia la filosofía, las ciencias y el arte.

De igual modo, su profunda identificación con los ideales clásicos llevaron a Walter Pater a visitar las corrientes neoclásicas alemanas de la mano de autores como Johann Joachim Winckelmann (1717-1768) y Friedrich Schiller (1759-1805), responsables ambos de promover un nuevo cambio en los paradigmas estéticos de la época. Así, durante el siglo XVIII, de la antigua Roma con su clasicismo barroco se había pasado a la admiración de la «noble simplicidad y serena grandeza» —precepto acuñado por el propio Winckelmann— donde la calma, el orden y la mesura reflejaban este universo helénico siempre idealizado.

Como expondremos a continuación, la recuperación del pensamiento de Winckelmann sobre el arte clásico supuso, para el crítico inglés, hallar un refugio de pureza y sensualidad en medio de un mundo cada vez más mecanicista y homófobo. Y es que el autor de *Reflexiones sobre la pintura y escultura de los griegos* (1755) y la ilustrada *Historia del arte antiguo* (1764) propiciaba un ejercicio de sublimación erótica. Un ejemplo entre tantos se desprende de su descripción del Apolo de Belvedere, donde las formas bellas y los bien definidos contornos del mármol hecho cuerpo despiertan en el humanista germano pulsiones sexuales mostrando, de forma explícita, la atracción entre hombres. Naturalmente, este homoerotismo apoyado en el culto a la belleza de los antiguos griegos ofrecía una coartada ideológica para librarse de ataduras moralizadoras y privilegiar el poder de los sentidos<sup>14</sup>.

Un siglo después, las ideas del considerado creador de la *Historia del Arte* fueron revisadas por Walter Pater en su polémico trabajo sobre el Renacimiento publicado en 1873 bajo el título *Studies in the History of the Renaissance*<sup>15</sup>. En la obra, compuesta por diversos ensayos reelaborados una y otra vez a lo largo de los últimos veinte años de su vida, aparecen figuras entonces poco conocidas como Botticelli o Pico della Mirandola, que comparten protagonismo con Winckelmann o Burckhardt en un intento por desentrañar el significado del arte y la cultura en la vida del hombre.

Se observa, pues, cómo a lo largo de la extensa obra del esteta forjado en Oxford, existe un intento de elaborar una pedagogía de la masculinidad basada

<sup>14</sup> SALA, Rosa: *El misterioso caso alemán. Un intento de comprender Alemania a través de sus letras*, Barcelona, Alba Editorial, 2007, p. 254.

<sup>15</sup> Considerado como una traición no solo a la sociedad inglesa sino también a los estándares de masculinidad, el libro de Pater creó una fuerte convulsión entre sus coetáneos reflejada, por ejemplo, en las palabras de W. T. Courthope, que en 1876 escribió: «In common, we believe, with most Englishmen, we repudiate the effeminate desires which Mr. Pater, the mouthpiece of our artistic "culture", would encourage in society», ADAMS, James Eli: «Gentleman, Dandy, Priest: Manliness and social authority in Pater's aestheticism», *English Literary History*, vol. 59, n.º 2 (1992), p. 442.

en una relación pedagógica de claros tintes homoeróticos<sup>16</sup>, en la que esa suerte de *Paideia* individual platónica define la formación de un joven a cargo de un educador mayor, sabio y generoso, responsable de guiar al efebo hacia la excelencia en la nobleza de espíritu<sup>17</sup>.

Esta apertura de espacios liberadores fruto de las interpretaciones de los textos platónicos por parte del propio Walter Pater, pero también de reconocidos oxonienses como Symonds o Wilde, llegaron a configurar un discurso alternativo, enfrentado al modelo institucional pero, curiosamente, surgido de las mismas instituciones<sup>18</sup>. La gran paradoja del helenismo oxoniense, como advierte Dowling, consistió en un sinsentido denunciado por el propio John Addington Symonds: la universidad revelaba la pederastia, pero después condenaba a discípulos y tutores por imitarla<sup>19</sup>.

El desprecio de la sociedad puritana hacia el Platón decadente, esto es, hacia la imagen estereotipada de un Platón que en el último cuarto del diecinueve amaba y deseaba a los hombres, unido a una fuerte censura social y universitaria, probablemente llevaron a Pater a no explicitar la consumación del deseo carnal entre educador y educando; si bien es cierto que, en la obra del autor británico, el amor físico entre hombres aparece siempre de forma sutil, tras un velo que sólo los iniciados podrán descubrir<sup>20</sup>. A modo de ejemplo, expondremos las palabras vertidas en un estudio sobre Leonardo da Vinci, publicado en 1869 como parte integrante de *El Renacimiento. Estudios sobre arte y poesía*: «[...] el modo en que Leonardo elegía a sus discípulos, que siempre eran jóvenes de gran encanto y agradable trato como Salaino, o nobles de costumbres principescas como Francesco Melzi; todos ellos dispuestos a sacrificar su individualidad por amor a Leonardo y con el suficiente genio para iniciarse en sus *secretos*»<sup>21</sup>.

En un contexto semejante, tampoco sorprende que uno de los máximos exponentes de belleza masculina alabados por Pater fuera la figura del andrógino. Un personaje tan ambiguo como su prosa, repleta de dobles sentidos y significados

<sup>16</sup> Como advierte Alan Bloom, la historia del pensamiento occidental está en gran parte constituida por una inestimable historia de relaciones pedagógicas o pederastas entre hombres; *cf.* BLOOM, Alan: *El cierre de la mente moderna*, Esplugues de Llobregat, Plaza & Janés, 1989. Otros estudios también dan cuenta y se cuestionan las relaciones entre la pedagogía y la pederastia como el polémico trabajo de René SCHERER *La Pedagogía pervertida*, publicada en España en 1983 por la editorial Laertes.

<sup>17</sup> La fascinación de Pater por esta relación educativa se refleja en la siguiente cita extraída de su estudio sobre Platón publicado el año 1893: «The beloved and the lover, side by side [...] became a respectively, [...] the hearer, and [...] the inspirer, the older inspiring the younger with his own strength and the noble taste of things», PATER, Walter: *Plato and platonism: a series of lectures*, London, MacMillan and Co., 1912, p. 222.

<sup>18</sup> Como informa Patricia Cruzalegui, en el último cuarto de siglo, la vertiente sexual del platonismo era tan conocida por las clases cultivadas —en especial de Oxford— que el término platónico formaba parte de un argot cotidiano que hacía las veces de pederasta; *cf.* CRUZALEGUI, Patricia: *La experiencia platónica en la Inglaterra Decimonónica*, Oviedo, Septem Ediciones, 2002, p. 406.

<sup>19</sup> DOWLING, Linda: *Hellenism and Homosexuality in Victorian Oxford*, London, Cornell University Press, 1994, p. 167.

<sup>20</sup> David Delaura describe la emergencia de un nuevo prototipo de lector, joven y culto, formado mayormente en los *colleges* oxonienses, susceptible de una pragmática capaz de sintetizar la sensibilidad homoerótica; *cf.* DELAURA, David: «Reading Inman Rereading: A Review Essay», *The Pater Newsletter*, n.º 26 (1991), pp. 2-9.

<sup>21</sup> PATER, Walter: *El Renacimiento. Estudios sobre arte y poesía*, *op. cit.*, p. 126. El subrayado es nuestro.

ocultos y situado en los márgenes de las convenciones sobre masculinidad avaladas por la clase media victoriana.

### Androginia y homosexualidad. La subversión de la identidad

Cuestionando la estructura socialmente codificada de la sexualidad, la vanguardia estética victoriana divisará en el andrógino la piedra de toque para salvar la división entre los sexos mediante el culto a la belleza. Como sugiere G. L. Mosse, a finales del XIX el andrógino representaba la juventud, la gracia y la hermosura al servicio de una identidad sexual constantemente variable<sup>22</sup> en contraposición con el binarismo cerrado y excluyente avalado por unos discursos científicos cada vez más legitimados por las estructuras de poder.

En efecto, a la pregunta de Michael Foucault, planteada en el prólogo de la versión americana de los *Recuerdos de Herculine Barbin*, de si verdaderamente tenemos la necesidad de un sexo verdadero, el filósofo francés pone de manifiesto cómo las sociedades del Occidente moderno han respondido afirmativamente<sup>23</sup>. Prueba de ello es que durante siglos se admitió que un hermafrodita tuviera dos sexos; pero hacia el siglo XIX la medicina y la justicia exigieron obstinadamente una identidad legítima, pues no cabía la posibilidad de confusión en torno al sexo.

La apremiante necesidad de fijar una identidad sexual así como sus perversiones propició la emergencia de un conocimiento cada vez más estructurado sobre la sexualidad que se refleja en la aparición de la sexología como ciencia<sup>24</sup>. Asimismo, el deseo hacia las personas del mismo sexo fue reprimido cada vez con mayor energía<sup>25</sup> y, por consiguiente, con mayor visibilidad. Paradójicamente, ese intento por nombrar, explicar y definir este nuevo tipo de criatura —la persona homosexual— propició la generación de una nueva categoría, la de la persona heterosexual.

Nos encontramos, entonces, con un omnipresente hermafrodita (considerado un fenómeno de la naturaleza, una aberración que la ciencia había de estudiar con

<sup>22</sup> MOSSE, George: *La imagen del hombre: la creación de la moderna masculinidad*, Madrid, Thalasa, 2000, p. 110.

<sup>23</sup> FOUCAULT, Michel: «El sexo verdadero», *Herculine Barbin llamada Alexina B.*, Madrid, Editorial Revolución, 1985, pp. 11-12.

<sup>24</sup> El término *sexology* aparece por primera vez el año 1867 en un estudio realizado por la americana Elisabeth Osgood Goodrich Willard; se trata de un ensayo sociopolítico con tintes antroposóficos cuyo objeto era «the revolution and reform of society conformity with natural sexual law [...] It shows the perfect equality of the laws of sex, and also their great dissimilarity», *cfr.* OSGOOD, Elisabeth: *Sexology as the Philosophy of life: implying social organization and government*, Chicago, J. R. Walsh, 1867, Prefacio. Tendremos que esperar hasta 1886 para la aparición del primer estudio clínico fundamentado en la sexología. Nos referimos a la obra *Psicopatía Sexualis*, resultado de las investigaciones del doctor de la Universidad de Viena Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), responsable de la clasificación de las prácticas sexuales en normativas y no normativas. KRAFFT-EBING, Richard: *Psychopathia sexualis mit besonderer Berücksichtigung der conträren Sexualempfindung: eine klinisch-forensische Studie für Ärzte und Juristen*, Stuttgart, Ferdinand Enke, 1912.

<sup>25</sup> En 1885 el Parlamento británico elabora un marco legal para castigar los actos de sodomía. Hasta entonces la ley sólo sancionaba la conducta inapropiada en aspectos públicos. Después de la ley, cualquier trasgresión podía ser perseguida, y una cláusula especial expresaba la prohibición de la unisexualidad masculina.

objeto de poder otorgarle un sexo genuino) compartiendo protagonismo con el mito del andrógino<sup>26</sup>, un prototipo ideal ya referenciado en *El Banquete* de Platón, y vuelto a codificar una y otra vez mediante el arte y la literatura: desde las famosas telas pintadas por Leonardo da Vinci (1452-1519), como *San Juan Bautista* o *La virgen de las rocas*, pasando por algunos poemas y cuadros del polifacético William Blake (1757-1827) o las ilustraciones de Aubrey Vincent Beardsley (1872-1898), hasta la figura de Séraphita, protagonista de la novela homónima de Honoré de Balzac (1799-1850) escrita en 1835. Esta obra constituyó un referente para los autores británicos, tanto por su concepción de la belleza como por el hecho de haber considerado los atributos marcadamente femeninos del andrógino como paradigma de plenitud masculina.

Así, el autor francés presenta esta figura simbólica como un ser de perfección sublime debido a la reconciliación de los opuestos y en la que «La belleza, la elegancia de la vida de la mujer ha sido traspasada al hombre. Cuando el hombre no ha conseguido reunir esta belleza, esta elegancia en su vida, es severo, triste y arisco. Cuando las ha reunido es de carácter jovial y completo»<sup>27</sup>. La sensibilidad, la sofisticación y la delicadeza —considerados valores esencialmente femeninos y, por tanto, marcados con un halo de negatividad— reviven en el ideal andrógino recuperando su valía.

Éstas serán las virtudes que Walter Pater supondrá indispensables en el momento de articular su ideal del artista como andrógino desarrollado en el ensayo *Diaphanéite* (1864). Porque a su entender, y compartiendo las mismas premisas que años después plasmará el poeta Rilke en una de sus epístolas, en los hombres hay también maternidad y alumbramiento cuando crean desde su plenitud más íntima<sup>28</sup>. Además, este ser delicado y diáfano, de inclasificable pureza, se identificará —siempre según Pater— con la belleza suprema, elevándose y superando el bello cuerpo de la mujer.

Mientras las características femeninas son ensalzadas en el mito del andrógino, la patologización y supuesta inferioridad del hombre homosexual venían determinadas por la creencia de que se trataba de una identidad con indicios de feminidad<sup>29</sup>. Y es que la categoría moderna de la homosexualidad, según M. Foucault, se caracterizó no tanto por un tipo de relaciones sexuales como por cierta cualidad de la sensibilidad sexual. La homosexualidad fue rebajada de la práctica de la sodomía a una suerte de androginia interior, un hermafroditismo del alma. El sodomita era un relapso, el homosexual constituirá una especie<sup>30</sup>.

Sin embargo, la capacidad del carácter productivo de los discursos para conformar subjetividades planteada por el filósofo galo, queda muchas de las veces

<sup>26</sup> Mircea Eliade hace referencia a la fusión primera en el mito de la creación de los hombres ya atestiguada por Platón, poniéndola en relación con la tradición bíblica de la caída, interpretada como una dicotomía del hombre primigenio. ELIADE, Mircea: *Mefistófeles y el andrógino*, Madrid, Col. Omega, 1969, pp. 131-135.

<sup>27</sup> DE BALZAC, Honoré: *Louis Lambert; Les Proscrits; Séraphita*, Paris, Michel Lévy frères, 1872, p. 96.

<sup>28</sup> RILKE, Rainer Maria: *Cartas a un joven poeta*, Madrid, Alianza, 1982, pp. 59-60.

<sup>29</sup> Así queda reflejado en la ya citada obra *Psicopatía Sexualis* del psiquiatra alemán Richard von Krafft-Ebing, quien considera la atracción por el mismo sexo como una patología de inversión puesto que un hombre que se siente atraído por otro era un varón con una psique de hembra y, por tanto, se estimaba como inferior.

<sup>30</sup> FOUCAULT, Michel: *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 2005, p. 98.

en entredicho al constatar las constantes fugas y desenmascaramientos de las normas morales y estéticas por parte de aquellos individuos que no reconocían una identidad sexual impuesta, o por la de aquellos que simplemente se revelaban contra un camino ya marcado.

Éste es el caso de John Addington Symonds (1840-1893), formado en el Balliol College de Oxford, discípulo de Benjamín Jowet, destacado poeta, crítico literario, y conocido por ser el responsable de una de las primeras apologías de la homosexualidad en inglés titulada *A Problem in Greek Ethics* (1871). Diez años más tarde escribirá como continuación a esta obra de 1871, *A problem in Modern Ethics* (1881), dirigida especialmente a psicólogos y juristas, con el objetivo de demostrar que la homosexualidad podría ser congénita y, por tanto, no punible por la ley y ajena a cualquier tipo de neurosis. Por supuesto, tampoco podemos obviar su incursión en el campo de la psicología sexual con su obra *Sexual Inversion* (1897) en colaboración con Havelock Ellis<sup>31</sup>, quien finalmente asumió la autoría de la obra.

Destacar, también, su obra *El Renacimiento en Italia* (1875-1886) considerada uno de los estudios fundamentales de la historiografía moderna. En ella se revelan los matices, las tendencias, las personalidades, los acontecimientos y el despertar de una cultura que, como ya concibiera Pater, debe al helenismo el redescubrimiento del propio hombre y de su estar en el mundo.

Igualmente, gracias a las memorias publicadas después de su muerte, conocemos sus relaciones con otros hombres aun estando casado y siendo padre de varios hijos. También, en su devenir, se refleja la conmoción que le supuso la lectura del compendio poético *Leaves of Grass* escrito por el estadounidense Walt Whitman (1819-1892)<sup>32</sup>. Una poesía de claras connotaciones homoeróticas<sup>33</sup>, repleta de optimismo y alabanzas hacia aquellos hombres rudos y trabajadores, cuyos cuerpos musculosos y belleza varonil ejemplificaban su ideal de masculinidad.

La energía expresada en los versos del poeta nacido en el condado de Suffolk, cuando apuesta por la idea de la amistad viril y noble, aporta a Symonds la fuerza

<sup>31</sup> Havelock Ellis es otra figura relevante que pertenece a los círculos científicos de la época victoriana. Médico y psicólogo, protagonista de una tormentosa y tempestuosa vida sexual, fue autor de una obra enciclopédica en seis volúmenes titulada *Studies in the Psychology of Sex*, publicada entre 1897 y 1910. Con motivo del escándalo del procesamiento de Oscar Wilde (1895) afirmó que la homosexualidad y la heterosexualidad pueden ser naturalmente complementarias y no contrarias. Como Ellis, y en contraposición a la idea imperante del momento de una homosexualidad considerada como una enfermedad, André Raffalovich, formado en Oxford y convertido al catolicismo en 1896, fue el responsable de un sinfín de estudios sobre el tema en cuestión. En *Uranisme et Unisexualité: étude sur différentes manifestations de l'instinct sexuel* (1896) argumentaba que tanto la heterosexualidad como la homosexualidad son dos legítimas manifestaciones de la sexualidad humana. Asimismo, destacamos de la ingente obra de este autor, trabajos como: *L'éducation des invertis* (1894); *John Addington Symonds* (1895); *Des mariages entre hommes* (1907) o *L'amour Homosexuel* (1910).

<sup>32</sup> Un vasto conocimiento de la vida y obra de Walt Whitman se refleja en el estudio publicado en 1893 por el propio J. Symonds y titulado *Walt Whitman. A Study*.

<sup>33</sup> Jerome Loving, en su obra *Walt Whitman. The Song of Himself*, analiza los sentimientos homoeróticos de Whitman. En concreto, la revisión de los manuscritos del poema «Live Oak» llevan a Loving a sugerir la homosexualidad del poeta: «He dreams of a homosexual utopia ("The city of robust friends") and addresses its ideal lover. Such feelings, he now insists, are natural, yet there is also "something fierce and terrible" in them». LOVING, Jerome: *Walt Whitman. The Song of Himself*, Berkeley, University of California Press, 1999, p. 252. Hay versión castellana, LOVING, Jerome: *Walt Whitman: el canto a sí mismo*, Barcelona, Paidós, 2002.

para revelarse, de manera explícita y contundente, contra aquellos discursos que, empeñados en taxonomizar la subjetividad emocional, convierten al homosexual en un grupo cuya supuesta homogeneidad estriba en su feminidad. Las siguientes líneas, extraídas del libro *The Memoirs of John Addington Symonds. The Secret Homosexual Life of a Leading Nineteenth-Century Man of Letters*, atestiguan su férrea negativa a aceptar la teoría del alma femenina de aquellos hombres que, como él, se sienten atraídos por individuos del mismo sexo:

I should certainly be tabulated as... on... who is not marked by an effeminate passion for robust adults or by a predilection for young boys... I do not recognize which justifies the theory of a female soul. Morally and intellectually, in a character and taste and habits, I'm more masculine than many men. I know who adore women. I have no feminine feeling for the males who rouse my desire. The anomaly of my position is that I ...am stirred to the sexual sensations exclusively by persons of the male sex<sup>34</sup>.

Para finalizar este apartado, nos hacemos eco de la constante generación y coexistencia de discursos dispares e incluso opuestos que, surgidos a finales del ochocientos, han cohabitado y permanecido en el imaginario colectivo hasta tiempos bien presentes. Hacemos alusión tanto a la idea antes enunciada de la transitividad de género, atribuida a los homosexuales por haber sufrido una trasmutación de los caracteres masculinos en femeninos, con la formación de una orientación sexual independiente de los niveles relativos de masculinidad y feminidad. La referencia a Symonds nos ha permitido hablar del hombre homosexual que parece y actúa como un heterosexual, un hombre diferente a otros hombres en ningún otro aspecto más que en su sexualidad<sup>35</sup>.

### Dandis y gentlemen. La masculinidad como *performance*

El desmascaramiento de los valores victorianos, la apertura hacia las nuevas tendencias continentales y el revival de ciertas actitudes del período de la Regencia caracterizan un *fin de siècle* inglés en el que la figura del dandi se alzó como uno de los iconos centrales del período<sup>36</sup>. Se trata de un prototipo de hombre que aparece en las etapas de transición, cuando la aristocracia ha perdido ya su fuerza y la democracia no la tiene todavía. Y es que según Baudelaire el dandi «es el

<sup>34</sup> SYMONDS, John Addington: *The Memoirs of John Addington Symonds. The Secret Homosexual Life of a Leading Nineteenth-Century Man of Letters*, New-York, Random House, 1984, p. 65.

<sup>35</sup> HALPERIN, David: *One hundred years of homosexuality and other essays on Greek love*, New York, Routledge, 1990, pp. 8-9.

<sup>36</sup> G. K. Chesterton ya confirma al dandi como personaje de la Regencia. El dandismo, además, como fenómeno social y político, repercutirá fuertemente en el mundo de las ideas, así como en la configuración de un nuevo ideal de masculinidad. Más aún, el lord inglés destaca como característica intrínseca de este prototipo varonil su fascinación por la moda: «El sombrero alto era la última palabra del dandismo exagerado de la Regencia, y los petimetres llevaban pantalones, mientras que los hombres de trabajo seguían usando calzón corto. En los pantalones, probablemente hay cierto contagio de orientalismo; y ya los últimos romanos los veían como un afeminamiento oriental». CHESTERTON, Gilbert Keith: *Pequeña historia de Inglaterra*, p. 106, <http://www.shu.edu/catholic-mission/upload/Pequena-Historia-de-Inglaterra.pdf> (Consulta 15 de noviembre de 2012).

último destello del heroísmo de las decadencias»<sup>37</sup>. Como actitud vital, el dandismo es la personalización de una rebelión contra los estándares de moralidad y decoro de una sociedad determinada. En este sentido podemos considerar que el dandi no pertenece al siglo XIX ni al mundo occidental; es más, personajes tan dispares como Alcibíades o Petronio comparten protagonismo con el duque de Lauzun, aristócrata de la corte de Luis XIV que, según las referencias de otro famoso dandi como Barbey d'Aureville<sup>38</sup>, se distinguía por su sangre fría, su dominio de sí mismo y el carácter imprevisto de su comportamiento, haciendo tambalear las estrictas normas de etiqueta de la época.

Sin embargo, es en tierras británicas donde la figura del dandi adquiere fama y reconocimiento gracias a George Bryan Brummell (1778-1840) y al poeta Lord Byron (1788-1824). Posteriormente, el movimiento simbolista francés, con Charles Pierre Baudelaire (1821-1867) y el escritor y periodista Jules Amédée Barbey d'Aureville (1808-1889) — autor de la biografía de Brummell— asentaron y explotaron el concepto del dandismo tanto en su vida como en sus obras. Pero, sin duda, el hombre que elevó la tradición del dandi hasta su máximo apogeo fue Oscar Wilde, considerado *l'enfant terrible* de las letras británicas. Naturalmente, para comprender el porqué de la adopción de este *modus vivendi* por parte del autor de *Salomé*, debemos trasladarnos al Oxford del último cuarto de siglo. Es en esta universidad, como ya se ha explicitado más arriba, donde las nuevas tendencias estético-artísticas de la época generaron un intenso debate llegando, incluso, a deconstruir los rígidos estándares de masculinidad.

Wilde permanece en Oxford desde 1874 hasta 1878, y, tal como refleja a lo largo de su obra, la estancia en esta universidad representó uno de los principales momentos de su vida —la cárcel sería el otro—. Entre los muros góticos y la imagen de Platón compartiendo vidriera con el profeta Amós en la capilla del Mansfield College, las dos corrientes estéticas oxonienses, auspiciadas por John Ruskin (1819-1900) y Walter Pater, influyeron sobremanera a un joven Wilde, que ya en estos años empezaba a crearse un personaje.

La tendencia encabezada por el patriarca del socialismo estético, John Ruskin<sup>39</sup>, entroncaba con el romanticismo y los principios amparados por la Hermandad Prerrafaelita, algunos de cuyos pintores, como Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) o Edward Burne-Jones (1833-1898), expresaban su rechazo por el arte académico, fomentando la búsqueda de un arte nuevo en conexión con las grandes obras medievales y renacentistas.

<sup>37</sup> BAUDELAIRE, Charles; DE BALZAC, Honoré y BARBEY D'AUREVILLE, Jules Amédée: *El Dandismo*, Barcelona, Anagrama, 1974, p. 110.

<sup>38</sup> BARBEY D'AUREVILLE, Jules Amédée: «Un Dandi anterior a los dandis», en *El Dandismo*, Barcelona, Anagrama, 1974, pp. 187-204.

<sup>39</sup> Las palabras de Marcel Proust sobre este poeta y crítico de arte inglés —al que compara con Goethe, por su empeño en unir ciencia y arte en su incansable búsqueda de la verdad— nos informan, por un lado, de la dificultad de encasillar a este prolífico autor, y, por otro, de la importancia que éste le otorga a la belleza: «De tantos aspectos de la fisonomía de Ruskin, el que nos resulta más familiar, porque es del que poseemos, si puede decirse así, el retrato más estudiado y más adecuado, el más impactante y más extendido, es el Ruskin que no conoció en toda su vida más que una religión: la de la Belleza [...] Sin embargo, esta Belleza a la que consagró su vida no fue concebida por él como un objeto de placer y encantamiento, sino como una realidad infinitamente más importante que la vida, por la que hubiera dado la suya propia», PROUST, Marcel: «John Ruskin», en *Días de lectura*, Madrid, Santillana, 2012, pp. 11-12.

Compartiendo protagonismo con esta visión romántica marcadamente autóctona, la tendencia encabezada por Walter Pater, junto al poeta Algernon Swinburne (1837-1909) —introdutor de Baudelaire en Inglaterra—, representaba la corriente del simbolismo de raíz francesa. Ambos autores, pilares del decadentismo que triunfó en los años noventa, representaban la versión británica de *l'art pour l'art*, el paganismo, la búsqueda de la intensidad de las pasiones y los pecados exquisitos<sup>40</sup>.

La pasión por la Italia medieval y la preocupación e interés por los problemas sociales<sup>41</sup> que a lo largo de su vida manifestó Oscar Wilde nos sitúan en los paradigmas ruskineanos, mientras que la exaltación del helenismo, la búsqueda del placer, la concepción del arte como amoral o el disfrute de todas las sensaciones vendrán marcados por la doctrina de Walter Pater<sup>42</sup>. Pero Wilde irá más allá, llevando todos los ideales del profesor del Brasenose College a la práctica: el goce corporal y de la mente como aspiración de plenitud, así como la asunción del dandismo como filosofía de vida y como temática en sus escritos.

La inclusión del dandi en obras como *La importancia de llamarse Ernesto* (1895) o *El retrato de Dorian Gray* (1891) responde, por tanto, a las influencias del esteticismo del maestro Pater. En relación con esta concepción del dandismo consistente en hacer de la vida una experiencia estética, debemos recalcar la voluntad del autor de hacer confluír obra y vida bajo un mismo prisma. Porque tal y como nos hace ver L. A. de Villena en su estudio preliminar a la obra *De-Profundis*, en Wilde «La creación literaria ilustra la vida, no como aspiración deseada ni como manifestación de un mismo arte. Vida y obra se comprenden en la misma esfera»<sup>43</sup>. De hecho, si retomamos una de sus obras más emblemáticas, *El retrato de Dorian Gray*, las palabras de Wilde ratifican la cita del poeta madrileño: «It contains much of me in it. Basil Hallward is what I think I am; Lord Henry what the world thinks me; Dorian what I would like to be —in other ages, perhaps—»<sup>44</sup>.

Sin duda, la tríada de personajes se funden en un Oscar Wilde que, aun identificándose con el personaje de claras tendencias homoeróticas como el pintor Basil Hallward prendado por la belleza del joven Dorian, reconocemos, también, en el dandi Lord Henry su teoría estética decadente claramente representada por el libro que éste le regala a Dorian Gray. Nos referimos a la novela del simbolista

<sup>40</sup> Fue Algernon Swinburne, adalid de la vanguardia estética decadente, quien exhibió en su obra una compleja naturaleza de lo perverso y lo grotescamente inaceptable, en su intento por cuestionar la moral victoriana. Un claro ejemplo es su novela *Lesbia Brandon*, considerada por Alberto Cardín una *Bildungsroman* con tintes autobiográficos. SWINBURNE, Algernon Charles: *Lesbia Brandon*, Barcelona, Laertes, 1982, p. 7. Destacar de esta novela sentimental su aura masoquista que enlaza con la tradición flagelística inglesa a la que, posteriormente, se refiriera Ian Gibson como el «vicio inglés», haciendo referencia a los castigos corporales de las *public schools*; cfr. GIBSON, Ian: *El vicio inglés*, Barcelona, Planeta, 1980.

<sup>41</sup> A pesar de su esnobismo o de su amor por la élite, Wilde demostró su preocupación por las capas más humildes. El ensayo publicado en 1891 *The soul of man under Socialism*, confirma su asunción del anarquismo avalado por Peter Kropotkin, exiliado desde 1886 hasta 1911 en Inglaterra y fundador del periódico anarquista *Freedom*.

<sup>42</sup> Después de la muerte de Pater, Wilde declaró que la obra *El Renacimiento. Estudios sobre arte y poesía*, «has had such a strange influence over my life», DE VILLENA, Luis Antonio: *Wilde total*, Barcelona, Planeta, 2001, p. 136.

<sup>43</sup> DE VILLENA, Luis Antonio: prólogo a WILDE, O.: *De-Profundis*, Barcelona, Fontamara, 1982, p. 14.

<sup>44</sup> HART-DAVIS, Rupert (ed.): *Selected Letters of Oscar Wilde*, Oxford, OUP, 1979, p. 116.

francés J. K Huysmans titulada *À Rebours* (1884), cuyo personaje Des Esseintes personifica al dandi esteta cuya rebeldía se caracteriza por su cinismo y perversidad moral. Por último, no podemos negar un cierto narcisismo en el propio Wilde que, como Dorian, rinde culto a la juventud y la belleza mientras muestra una casi enfermiza obsesión por la apariencia física.

Llegados a este punto, analizaremos la versión *sui generis* del dandismo adoptada por Wilde. Pero a fin de lograr una mayor comprensión de este fenómeno que en las postrimerías del siglo XIX alcanzó múltiples definiciones y equívocos, creemos oportuno trazar una sucinta comparativa entre las concepciones de Baudelaire y las del propio Wilde.

Comparten los dos autores ese sentimiento de alineación relacionado con el surgimiento de la ciudad como fenómeno de expansión capitalista. De ahí, la necesidad del dandi moderno de una ascesis autoimpuesta adoptando una filosofía basada en el artificio. El culto al yo, como el eje vital, devendrá condición necesaria para alcanzar la distinción y la originalidad. El dandi, por ende, utilizará la moda, ya que necesita de la vestimenta para expresar su propia anarquía. No obstante, esta obsesión por la propia imagen no debe confundirse con la superficialidad, pues como ya advirtiera el propio Baudelaire: «El dandismo no es tampoco, como tantas personas poco reflexivas parecen creer, un gusto inmoderado por el tocador y la elegancia material. Tales cosas no son para el perfecto dandi más que un símbolo de superioridad de su espíritu»<sup>45</sup>.

Si hasta aquí el concepto del dandismo es compartido tanto por Baudelaire como por el propio Wilde —recordar su autodenominado «traje estético» como expresión de una apasionada revolución contra las convenciones—, lo que el francés había comenzado en toda su seriedad, Oscar Wilde lo terminará, apunta Moers<sup>46</sup>, en un exceso. Efectivamente, lo que impregna la filosofía del francés será la desesperanza y el fracaso, dada la imposibilidad de alcanzar el éxito social de un dandi que, atacando vehementemente a la sociedad en la que se encuentra inmerso, es también consciente de su nula capacidad de integración. Como dirá A. Ballesteros, la postura estética del dandismo auspiciado por Baudelaire implicará un proceso de autoextrañamiento y marginación voluntario<sup>47</sup>. Por el contrario, el dandi encarnado por el inglés vive en y para la sociedad victoriana; porque, aunque Wilde aparentemente reniegue de la hipócrita y puritana moral de su tiempo, la necesitará para reafirmarse y reflejarse en ella, siendo, los demás, el espejo que su egolatría necesita para vivir y crear.

Pese a estas contradicciones que le empujaron a llevar una doble vida, no debemos menoscabar cómo, en su representación del dandi, Wilde no hacía otra cosa que alejarse del *gentleman* como ideal hegemónico de masculinidad. Porque el dandi, imaginado a través de la metáfora de la máscara o del puro espectáculo, se encarnaba en un cuerpo que acabaría siendo todo artificio. Por el contrario, el prototipo del *gentleman* avalado por las clases burguesas vino a representar la

<sup>45</sup> DE BALZAC, Honoré; BAUDELAIRE, Charles y BARBEY D'AUREVILLY, Jules: *op. cit.*, p. 138.

<sup>46</sup> MOERS, Ellen: *The Dandy. Brummell to Beerbohm*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1978, p. 304.

<sup>47</sup> BALLESTEROS, Antonio: «Los retratos de Oscar Wilde: el escritor en la sociedad victoriana de fin de siglo», *Estudios Ingleses de la Universidad Complutense*, Madrid, Edit. Complutense, n.º 5 (1997), pp. 247-261.

idea del *unself-conscious*, otra manera de decir que en él todo era natural, no había nada forzado en su quehacer. En otras palabras, mientras el *gentleman* conformará su subjetividad en función de las imágenes de hombría socialmente aceptadas, el dandi, desobedeciendo las normas genéricas, reinventará una nueva masculinidad. Por tanto, esta figura pondrá de manifiesto la estructura paródica y teatral del género.

Más aún, si concebimos el género desde los postulados de la teórica postfeminista Judith Butler, descubriremos una entidad sin base ontológica, regida únicamente por la estética, es decir, una identidad débilmente constituida en el tiempo y establecida por una repetición estilizada de los actos. Así, la base sobre la que se articula el género es una pura imitación, una *performance* carente de origen, y sujeta, como hemos puesto de manifiesto a lo largo de este ensayo, a sus propias insubordinaciones<sup>48</sup>. Será fácil comprender, entonces, el tenaz intento de regular unos gestos y un comportamiento como propios y naturales, dada la obsesión victoriana por delimitar, legislar y aumentar su jurisdicción. Una obsesión que, por otro lado, favoreció una mayor visibilidad y emergencia de distintos cánones de masculinidad en clara oposición al modelo imperante. Del mismo modo, esa mayor visibilidad propició, también, la articulación de lo que podríamos llamar una educación de la mirada. Nos referimos a una mirada —siempre historizada— de individuos cada vez más competentes para leer los cuerpos a fin de detectar la otredad. Así, mientras el *gentleman* tendrá un cuerpo; el dandi, el homosexual, o la mujer, es decir, el «otro» será un cuerpo. Un cuerpo no normativo que, como expresa Paolo Zanolotti, es un cuerpo observable, sexualizado, socialmente inapropiado, independientemente de que se ostente la diferencia (como es el caso de los dandis) o se imponga (como sucede con los homosexuales)<sup>49</sup>.

El rechazo y la condena impuesta a Oscar Wilde responden a un cúmulo de circunstancias que no únicamente pivotan sobre sus relaciones homosexuales, y es que, además, el autor del *Fantasma de Canterbury* era socialista, irlandés y dandi. Demasiada alteridad para una sociedad como la victoriana que no estaba preparada para aceptar abiertamente la diferencia.

Convencidos de la voluntad de muchos individuos de no sucumbir a la normalización, entendemos a Virgilio Piñeira cuando en su testamento rezaba: «Como he sido iconoclasta me niego a que me hagan estatua; si en la vida he sido carne, en la muerte no quiero ser mármol»<sup>50</sup>. Sin duda, vivir y escribir desde la disidencia comporta este riesgo que Walter Pater, John Addington Symonds y Oscar Wilde, entre otros muchos, estuvieron dispuestos a correr.

<sup>48</sup> BUTLER, Judith: *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós, 2007, p. 269.

<sup>49</sup> ZANOTTI, Paolo: *Gay, la identidad homosexual. De Platón a Marlene Dietrich*, Madrid, Turner Publicaciones, pp. 47-48.

<sup>50</sup> LAUDO, Xavier: «Pedagogía de la carne. La escritura de sí en Virgilio Piñeira», en MOREU, Ángel C. y PRATS, Enric (coords.): *La Educación revisitada: ensayos de hermenéutica pedagógica*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona, 2010, p. 400.